

9 de diciembre de 1960

Amada mía:

Tu carta me ha sugestionado. Durante muchos días estuve pensando en cuanto allí dices con soberana razón.

Por otra parte, anoche medité hondamente sobre tu persona, y recordé, amén de otros tiempos más lejanos y bellos, los últimos días que transcurrí a tu lado. Viniendo a mi memoria aquellos momentos en que pasabas de una acera a otra, para allegarte a mí, que te esperaba de mañana, compuse una especie de testimonio. Y tal es el testimonio que compuse:

“Toda la ternura que desde siempre he sentido por las cosas que han sido y son inocentes de estar en el mundo, la volqué sobre ti, gacela que cruzabas la calzada para allegarte a mi persona. Y contemplando la presencia de tus medias, amada mía, presentí que tú también eras, en parte, como yo mismo: animal que se viste. Y poseyendo tal descubrimiento, te amé todavía más, por verte semejante en la tal desolación, quiero decir, en el mundo, de donde sube, tenaz, un humo hacia el infinito, o tal vez hacia la nada sin respuesta: el amor incansable que yo, Miguel Espinosa, te tengo, vida mía”.

Como bien observarás, aún pienso en ti, y sigo amándote, si bien siento a veces verdadero miedo de tornar sobre estas emociones, a la manera del hombre arruinado que sintiera terror de volver a su pueblo. ¿Comprendes?

En el estadio en que me hallo, la emoción es un lujo.

Tenme contigo, mi vida.

Estoy triste de tu ausencia.

Miguel

PD. Mañana tornaré a escribirte, y te hablaré de cuestiones más concretas. Besos.

Como habrás observado, mis cartas ya no son bellas. He perdido estilo.